SOBRE *LEVE REINO*

Carlos Garayar

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

He seguido libro a libro la obra de Marco Martos, desde que cuando estaba en primer año en universidad asistí a la presentación de *Casa nuestra* en San Marcos, pero no ha sido sino al leer *Leve reino* que he podido percibir verdaderamente el valor de esta poesía, porque ahora se hacen visibles las constantes que la recorren, los cambios que ha ido experimentado y esa solidez que los años otorgan sólo a aquella que vale la pena. Mi juicio podría parecer parcial por la amistad con que me honra desde hace tanto tiempo, pero para leerla he tratado de despojarme de los lentes que a veces la cercanía —y no siempre para ser benevolente; a veces, también, para tomarla a la ligera— nos pone ante los ojos cuando miramos la obra de los amigos, y creo que lo he logrado en la medida de lo posible. Y el resultado de esta lectura es la convicción de que estamos ante una gran poesía. Una poesía hecha de algunos muy buenos poemas y de otros que, como sucede con los grandes poetas, se potencian entre sí, de tal modo que puedo decir que *Leve reino* es un libro verdaderamente compacto, sin desperdicio, que a diferencia de otras obras completas, que suelen servir para espigar aquí y allá, se puede leer de un tirón, sin que uno se sienta agobiado ni menos

aburrido, a pesar de que se trata de una poesía de relativamente pocos temas. Recuerdo que hace tiempo, con Marco, Elqui Burgos e Hildebrando Pérez hicimos una antología de la poesía postvallejiana, que no llegó a publicarse, y que nuestro propósito era no dar una visión panorámica y representativa sino hacer un excelente libro de poemas. Bueno, *Leve reino* es una de las pocas obras completas que pueden leerse así: como un excelente libro de poemas.

De haber vivido en el Renacimiento, Marco tal vez habría estructurado su obra como un cancionero, es decir, fundamentalmente como una historia de amor, que también da cuenta de algunas otras preocupaciones que van pautando la vida del poeta. Porque hay algunas semejanzas: a la experiencia amorosa, que es el tema principal de su poesía, se aúna la reflexión sobre el amor y ciertos hechos que han marcado su vida; a la exaltación se viene a unir la desesperanza, y el vario estilo le da esa diversidad de ritmo que finalmente no hace sino traducir los altibajos vitales del poeta.

Pero Marco es un poeta de su tiempo. Tan de su tiempo que toma directamente de él lo que necesita para su obra. Como lo dice en el poema "Rito", "Usa palabras del lenguaje de hoy / pues las palabras del año pasado / pertenecen al lenguaje del año pasado / y las palabras del próximo año / esperan otra voz". Y por eso, precisamente, en un momento no parecía muy moderno. Recuerdo que al hablar de la generación del 60 se solía decir que la poesía de Marco era de estirpe más bien española, un poco refractaria a la influencia de lo anglosajón, que entonces llegaba con fuerza para insertarse en nuestra tradición. *Leve reino* nos permite comprobar que ello no es así: hay en esta poesía, sí, algunas referencias a los clásicos del idioma y también a los modernos, pero ni el ritmo ni los temas ni el espíritu ni la actitud ante la poesía lo acercan ni a los del 98 ni a los del 27, ni menos a los del siglo de oro. Esa adscripción a lo español se hacía a falta de una etiqueta mejor. En realidad, la poesía de Marco Martos siempre se ha movido a su aire. Y él ha sido consciente de ello

desde el principio. Lo dice en “Contra Critias”, de *Casa nuestra*: “Cojo la pluma y digo / lo que me viene a la lengua / lo que siento de adentro / lo que nadie me dicta / Cojo la pluma y digo / radiografía daltónico / o lo que me da la gana”.

Por eso la poesía de Marco no es experimental. Su norte no son las teorías sino su mismo ser: “lo que siento de adentro”. No ha buscado sumarse a escuela alguna. Por ello, y considerando los años en que comenzó a escribirla, la suya no es una poesía “moderna”, pero sí —y no es una paradoja— ahora resulta actual. Podríamos decir que es posmoderna, si le damos a este término el sentido de asistemático. Y ésa es su actualidad: ya nos hemos cansado de recetas y otra vez empezamos a apreciar valores que parecían olvidados en el arte. Es cierto que, como afirmaba Mallarmé, la poesía no se hace con ideas sino con palabras, pero las palabras no bastan; tienen que estar cimentadas en la tierra —o en el cielo, si se puede— y amalagamadas con algo más que puros nexos gramaticales.

Siempre —y se ha repetido hasta la saciedad— el llamado yo poético es distinto al ser real del poeta, pero en algunos esa distancia es menor. Los precursores de las vanguardias de principios de siglo, es decir, los fundadores de la poesía contemporánea, empiezan subrayando esa distancia cuya frase emblemática es el “Je est un autre” de Rimbaud: “Yo es otro”. Marco es, en este sentido, y a pesar de su gran admiración por el poeta francés, lo contrario de Rimbaud. No por nada uno de sus poemas dice: “No es la hora de Rimbaud, no es su hora. / Busquemos lo maravilloso / dando vueltas alrededor de lo concreto”. En Rimbaud hay una huida de lo cotidiano hacia el mundo de la imaginación, mientras que en Marco Martos hay la voluntad de permanecer en el aquí y ahora, y a lo más refugiarse en el recuerdo familiar o en la poesía sentida como un desahogo de lo cotidiano.

Es que ésta es una poesía de la experiencia. Como epígrafe de uno de sus libros figura un poema de Antonio Machado que termina con estos versos: “No prueba nada, / contra el

amor, que la amada / no haya existido jamás". Este es sólo un testimonio de su devoción por Machado, uno de sus poetas tutelares, pero estoy seguro que no es el caso de Marco. La suya, repito, es una poesía de la experiencia. Contra todos los distanciamientos, en él la poesía sigue siendo expresión. Por eso comunica sinceridad, por eso conmueve tanto.

También podríamos definirla como una poesía de lo cotidiano. De ahí provienen sus temas: el amor, la estrechez a la que lo somete la vida diaria, la nostalgia, la misma escritura, lo que ve a su alrededor. No es una poesía triunfalista; no canta a la utopía, aunque tampoco está contra ella. Ni sus poemas más optimistas se acercan al himno; es más, cuando tocan los llamados temas sociales, ni siquiera buscan asumir una posición colectiva ni expresar una ideología, sino parten del sentir personal. Es consciente de los límites de su oficio; como dice en "Hombres y moscas": "La palabra sólo evidencia el problema, / le pone nombre y corre traslado a quien corresponda". Sus versos son el testimonio de un individuo metido en el tráfigo de lo cotidiano, del cual escapa sólo por breves instantes. Parece —y es— una poesía hecha durante esos resquicios que le dejan las urgencias de la vida. Varias veces lo he visto, durante algunas de las terribles sesiones burocráticas en la universidad, abrir su agenda y anotar palabras en forma de verso, gérmenes, seguramente, de poemas o partes de ellos.

Pero aunque muchos de sus poemas, sobre todo los de una primera época, han sido escritos desde una perspectiva doliente, que tal vez sea la impronta vallejiana que hay en él, tampoco la oración es uno de los módulos de su poesía. Marco nunca se dirige a un ser superior; sus interlocutores son él mismo y su pareja, o el hombre común y corriente. Por eso su protesta nunca es grandilocuente ni sus elogios desmesurados. Me conmueve especialmente, a este respecto, el poema dedicado a la muerte de su padre: resistiéndose a la idealización, dice: "Fue bueno, como / el padre de cualquiera" y le pide a su hijo que lo juzgue así también: "Y tú mi pequeñín, / mañana

cuando crezcas, / ojalá pienses de mí / lo que pienso de tu abuelo". Esa naturalidad en el trato, que es una de sus virtudes personales y que se extiende a su poesía, explica también la rápida simpatía que despierta en el lector.

Ello es correlativo con el ritmo más bien deliberadamente desmañado, esto es, sin mañas, de sus versos. No hay poesía menos artificiosa, ni cuando, jugando, imita a algún otro poeta. Pero tampoco huye de lo musical; simplemente deja que fluyan las palabras e impongan su propio cantar.

Si tuviera que contestar a la pregunta de cuál es, vista en su conjunto, la dirección de la poesía de Marco Martos, diría que ella se encamina hacia la sabiduría y la serenidad. Tal vez el poemario que marque el cambio sea *El silbo de los aires amorosos*. A partir de su siguiente libro, *Cabellera de Berenice*, esa serenidad se manifestará en la capacidad de adoptar —encarnando, no meramente actuando— diversas personalidades que le permiten abordar otros temas e incursionar en el pasado y en otras culturas. Creo que esto es algo que hay que resaltar. La poesía de Marco no está cerrada. Al contrario, empieza a explorar nuevos territorios y tiene todavía mucho que dar. Y en tanto eso se canta, quisiera finalmente darle las gracias por haber, con harta paciencia y dejando en ello buena parte de su vida, transfigurado el pesado y turbio reino de este mundo en este otro leve reino de su palabra que nos estimula y purifica.